

Cuando doró la luz de la mañana
 la embarcación velera,
 se la buscó con insistencia vana
 debajo de su cúpula ligera;
 no se la vió jamás, en adelante,
 ni en el bosque, ni al pie de la ribera...
 ¡No estaba allí!... Y, no obstante,
 la virgen de lenguaje plañidero
 tampoco estaba con el extranjero.

Enero, 1821.

ODA OCTAVA

A M. ULRIC GUTTINGUER

EL HOMBRE FELIZ

Beatus qui non prosper.

«¡Yo os aborrezco ¡oh dioses!
 ¡Tan joven todavía
 ya puedo lo que quiero!
 Dioses, por vuestros dones abrumado
 ya os tengo aborrecidos.
 ¿Qué os he hecho, decidme,
 para que mis deseos colméis siempre?»

»De las columnas de Hércules
 al estrecho de Leandro,
 mis barcos surcan los revueltos mares,
 y mi palacio traga,
 cual ávido y eterno remolino,
 de las ciudades todas los tesoros
 y los frutos de todos los desiertos.

»Yo me duermo al ruido de las aguas,
 al son dulce y lejano de las liras,
 en un lecho suntuoso de pies rojos.
 Sobre mi ardiente frente,
 al céfiro llamando,
 diez vírgenes del Indo
 mi dulce sueño velan.

»Yo dejo en mis banquetes
 al ingrato parásito
 los selectos manjares
 que mi mano rehusa,
 y en los platos de oro, mi apetito,
 al que no excita nada,
 los pescados desdeña
 alimentados con humana sangre.

»En las playas del Tiber,
 en las montañas que vomitan lavas,
 tengo jardines dulces, deliciosos;
 mis dominios, doquiera
 llenos de esclavos míos,
 fatigan mis caballos
 y los ojos me cansan.

»Yo contemplo á los grandes que me temen,
 el César me sonríe
 y soy el protector del pedigüeño;

tengo salas marmóreas
con sus fuentes de pórfido;
mi carro es saludado
por una muchedumbre de clientes.

»Me fastidio en el foro,
me aburro en las arenas
y—¿qué hacen?,—á todos les pregunto.
A las murenas echo cada día
un esclavo cebado,
y este juego catónico
apenas me distrae.

»Las mujeres de Europa y las del Asia
conmueven ya muy poco
mi corazón ya muerto;
en una copa de oro, á apoderarse
de mí vuelve el fastidio,
y el pobre que solloza,
¡infeliz!, tiene envidia de mi suerte.

»Sin cesar, persiguiéndome
con favores eternos,
mi vida marchitasteis
en su flor todavía.
¡Dioses! ¡Dad esperanza
á mi juventud fría, vil, monótona!...
¡Os devuelvo estos bienes
por un poco de dicha, dioses míos!

*
* *
*

En el templo suntuoso, su opulenta
languidez arrastrando, de este modo,
en su litera de oro recostado,
en su indolencia así se expresó Celso.

Él iba renegando de sus dioses,
y, bendiciendo al cielo, un nuevo mártir
iba expirando ante el altar impuro.

1822.

ODA NOVENA

EL ALMA

No sé qué destino turba el espíritu
de los mortales; semejantes á cilin-
dros, ruedan de acá para allá, abru-
mados por una infinidad de males...
Pero ten valor, la raza de los hombres
es divina; cuando, despojado de tu
cuerpo, te eleves en las regiones eté-
reas, la muerte no tendrá ya poder
sobre ti, tú serás un dios inmortal é
incorruptible.

Versos dóricos de Pitágoras.

I

¡Hijos del cielo puro!
Huiré de los honores de la tierra,
pondré mi orgullo en mi rebajamiento;
yo soy el rey proscrito,
soberbio y solitario,
que tan sólo el sepulcro ó un trono quiere;
el retiro apacible y altanero

un corazón reclama
de entera independencia;
no quiero más esclavos ni más amo;
dejadme soñar solo
de mi ser ignorado en el desierto;
en él buscando voy la zarza ardiente.

Tú, á quien un Dios recóndito
te convida al dolor de los humanos
bajo el manto del cielo; compañera
de la humanidad triste;
pasajera inmortal y resignada;
hermana de la vida
y de la eternidad reina y señora.
¡Oh alma! En los instantes venturosos,
como en las horas fúnebres,
de mis tinieblas en el fondo brilla
y en mis sentidos combatidos reina.
¡Oh! De tu cetro de oro
la cadena fatal de una vez rompe;
y de noche y de día, eternamente,
á la vestal antigua semejante,
vela el fuego sagrado
de las virtudes todas.

¿Eres tú, cuyo soplo ha visitado
mi lira, casta hermana
de las arpas de Sión? ¿Tú, la que vienes
ante mí por la noche,
con sonrisa dulcísima,
como hermosa visión plácida y corta?
¡Oh gloriosa virgen! Pon tus alas,
que te llevan al cielo despejado,
encima de mis yerros terrenales;
¿vienes quizá á enseñarme, como un eco
de la voz infinita,

algún secreto dulce
de amor ó de armonía ó de ternura
que los ángeles te hayan revelado?

II

¿No viste aquellos tiempos de inocencia
en que, cuando nada era maldecido,
de su poder Dios mismo satisfecho
creó el mundo de un soplo y aplaudióse?
¿Viste en aquellos días tan felices
cuando Eva encantaba
el despertar del joven arrogante,
antecesor de nuestros bisabuelos,
y en la santa falange, esplendoroso,
ante el primer arcángel caminando,
lucir el primer sol que vió la tierra?

¿Viste, del ser en el febril torrente,
en los ardientes y profundos surcos,
á los astros, gozosos de su vida,
huir en encendidos torbellinos?
¿En su fecunda paz al Señor viste
inclinado de lejos sobre el mundo,
cuando Él—de las almas común centro,
hogar sagrado de las llamas todas
y de todas las olas del Océano,—
aquellos grandes cuadros contemplaba?

III

¿De Dios seguías la solemne marcha
cuando llevó el Espíritu
las palabras eternas

desde el profundo abismo de las olas
 á la región del fuego;
 el día en que, á la tierra amenazando,
 como precipitando el eje ardiente
 de un carro ligerísimo, una lucha
 desigual rehusara
 un rey vencido, en que de Dios huía
 el caos en tropel enloquecido?

¿Has visto al rey del mal, desde lo lejos,
 castigando á sus cómplices,
 armado con el cetro del suplicio
 en el piélago inmenso
 donde nunca jamás el terror duerme;
 paraje funerario
 do, llorando los fuegos terrenales,
 el crimen se despierta
 engendrando el feroz remordimiento,
 y que un Dios, de misterio revestido,
 un día visitara
 cuando á la fría muerte
 de un infierno á otro infierno perseguía?...

IV

Enséñame al Eterno, como un reino
 dando un tiempo á lo efímero
 y al átomo el espacio;
 enséñame el vacío
 de las noches eternas de la tumba;
 enséñame los rayos al cruzarse
 en su tonante esfera,
 y el cometa luciente
 su cabellera roja
 arrastrando esparcida por el cielo.

En tu ala mi espíritu,
 —potente compañera,—
 de montaña en montaña,
 de flor en flor discurre;
 se remonta á los campos azulados
 de donde huye desterrado el hombre;
 del eterno secreto
 el velo austero arranca,
 y se extasia lejos de la tierra;
 y es, en el infinito, un mundo errante
 mi pensamiento inquieto y vagoroso.

V

Mas la vida, ¡alma mía!,
 también tiene en la sombra
 crueles asechanzas.
 Sé el guerrero cautivo
 que permanece estático en su cárcel;
 cuenta con gran cuidado
 del enemigo el número de fuegos;
 y lo mismo á la luz del día ardiente
 que en la noche sombría
 á lo lejos vigila el horizonte.

Yo ya no soy aquel á quien inflama
 un vano ardor; no soy aquel que niega
 al corazón unos amores santos;
 aquel que á Dagón rinde
 el perfumado incienso
 que Jehová reclama;
 viajero sin guía,
 que va vagando en torno de su alma
 cual en torno de un cráter extinguido.

Su desnudez vestida
al Señor ofreciendo, no se atreve
con su criminal hálito
del Paraíso á marchitar las flores;
pobre hijo desterrado que, arrastrándose
en su miseria oculta,
sentándose en la linde
de la herencia paterna
va mendigando y llora.

Y los ángeles dicen, entre ellos:
—«¡Este es el impío!,
ha bebido en el filtro envenenado
de los prohibidos bienes;
que se expíe su crimen ante el justo;
Dios rechaza á su alma
que, del Señor mientras duró la vela,
para siempre embotóse!»

¡Tú! ¡Tú podrías pronto,
mi polvo sacudiendo,
volver radiante á la morada santa!
Tú vas á remontarte pura y libre
á la fuente primera,
y así como el sol lleva su luz propia,
tu amor vas á llevar tú solamente.

VI

¡Desdichado el imbécil
cuya vista nublada
no siente que un espíritu
en la vida se agita!
Mortal que permanece
sordo á la voz sagrada de la tumba,

su débil pensamiento está sin alas
y en su vil corazón no hay fuego alguno,
porque siempre camina
de su alma ignorante,
como un errante ciego
que llevara una antorcha inútilmente.

Junio, 1823.

ODA DÉCIMA

EL CANTO DE LA ARENA

Generosos griegos, este será el premio
que obtendrán los vencedores.

HOMERO.

Honrado en la ciudad es el atleta
vencedor en la arena; es repetido
su nombre por los pueblos, sin que el tiempo
lo borre, desde aquí, playa infecunda,
linde del mundo do el invierno duerme,
hasta los sitios do, al nacer la aurora,
del sol se oyen, bajo las vibrantes
olas, el relinchar de los caballos.

¡Es la fiesta de Olimpia!
¡Tejed trenzas de acanto y de laureles!
¡Que los dioses confundan al impío,

y que la antigua audacia amortiguada
en el pecho renazca del guerrero!

Venid, los que la gloria os encadena.
Ved á los sacerdotes
de Apolo, como arrancan á la encina
que venciera á Milón en otro tiempo,
coronas que han de ser para el que alcance
de vosotros la próxima victoria.

De Corinto venid, de Creta y Tiro,
la de preciosas telas, y de Scila,
que bate la tormenta, y desde Athos,
donde se para el águila
para ver de más alto por los cielos.

De la isla venid de las palomas;
del mar del Archipiélago, de Rodas,
la de las opulentas hecatombes,
cuyos guerreros, hasta en sus sepulcros,
esperan de Belona el llamamiento.

Venid desde el palacio centenario
donde Cecrops su torre
fundó; de Argos, de Esparta venerada,
de Lemnos, cuna donde nace el trueno,
y de Amatonte, donde el amor nace.

Los templos santos y los gineceos
cubiertos de guirnaldas de verdura,
cual desposadas jóvenes,
debajo de guirnaldas enlazadas,
han velado también sus castas frentes.

Se han sentado los éforos y arcontes
en el estadio; vírgenes

y canéforas ya han purificado
las ánforas, según rito de Eleusis.

Se ha consultado ya á la Pitonisa
y á los que en sueños hablan. A la hora
en que despierta Clitia, se echa al viento
de un buitre escita la rojiza pluma.

El vencedor de la veloz carrera
recibirá dos trípodes divinos
y la copa de arcilla agreste y frágil
do los primeros vinos probó Baco.

Aquel que con sus discos los tres haces
haga caer, tendrá la urna indeleble
que hábilmente esculpiera
Flegon, hijo de Naxos.

De la gloria inocente como jefes,
al ardoroso luchador brindamos
la deslumbrante clámide
de Sidón, que une rica y poderosa
tridente y caduceo.

Discóbolos, atletas, combatientes,
reparad vuestras fuerzas en el baño;
á vencer con nosotros venid luego,
y un canto los poetas os tributen
al estilo de Tebas.

Honrado en la ciudad es el atleta
vencedor en la arena; es repetido
su nombre por los pueblos, sin que el tiempo
lo borre, desde aquí, playa infecunda,
linde del mundo do el invierno duerme,
hasta los sitios do, al nacer la aurora,

del sol se oye, bajo las vibrantes
olas, el relinchar de los caballos.

Enero, 1824.

ODA UNDÉCIMA

EL CANTO DEL CIRCO

Panem et Circenses.

JUVENAL.

¡César, salud! ¡Emperador magnánimo,
el pueblo, en complacerte siempre unánime,
debe ir á tus fiestas!
¡Herederó inmortal de Augusto, príncipe
grande, inmortal y justo,
los que á morir van, César, te saludan!

Entre todos los reyes, César sólo
á los dioses de Roma en libaciones
puede ofrecer sangre del hombre. A nuestras
solemnidades invitamos siempre
á la muerte. De monstruos despoblamos
el mundo entero para nuestros juegos;
mezclamos en el circo, donde inmunda
sangre humea, los tigres de la Hircania
con bárbaros del Norte.

Colosos de metal, vasos de pórfido,

áncoras y banderas que hincha el céfiro
adornan las paredes deslumbrantes
del fatal campo; los perfumes llenan
el aire de una nube de fragancias,
porque al romano la carnicería
le gusta, despidiendo sus vapores
entre olas de incienso.

Los acerados goznes de las puertas
chirrían; la manada, restregándose
contra la reja que retiembla, salen
las panteras, de espanto entre las sombras
se estremecen. Y gritos mil lanzando,
á los que sigue un rumor sordo, baja
de grada en grada el pueblo-rey, cual río
que se despeña desde un monte á otro.

Ya tienen los ediles las dos sillas
de marfil. En un ancho canal nadan
al rededor del circo el hipopótamo
y los oscuros cocodrilos. Mugen
en sus jaulas de hierro los quinientos
leones. Las vestales, cuyos cantos
se responden en coro, ya han traído
el casto altar y el fuego inextinguible.

Desnudo el seno, ardiente la mirada,
la impura cortesana cerca pónese
del sacro hogar en su profano trípode.
El altar de las súplicas se cubre
de cipreses. Vestidos con augustas
laticlaves, los clientes suyos cuentan
los senadores, desde lejos, entre
el cortejo de reyes y de esclavos.

Junto está á una matrona cada virgen;

se alinean los soldados del pretorio
 en círculo á la voz de los tribunos;
 cantan los sacerdotes de Cibeles
 sus alabanzas; sobre vil tablado
 los istriones del Ganges, mientras salen
 los que han de degollarse, también cantan.

¡Helos aquí!... Aplaudes ó amenazas
 todo el pueblo, al mirar á los cautivos
 que César con su brazo poderoso
 se lleva desde los templos de Manes
 hasta los antros de Irminsul. Con orden
 entran y á todos el lictor los nombra.
 ¡Rebaño vil, que con candente hierro
 marcó el cónsul y que la muerte guarda
 para inmolar de Roma á los placeres!

Entre las filas se descubren luego
 judíos, arrastrando por doquiera
 su vergüenza escondida;
 más allá altivos galos que no abate
 ningún peligro; y despojados de armas,
 los infames cristianos, que, negando
 á sus verdugos sus murmuraciones
 ó cantos, á sufrir van sin orgullo:
 sin combate á la muerte.

Dentro de poco, cuando rujan sueltas
 las fieras, erizadas las paredes
 de picas y de espadas, por entero
 esta presa darán á sus furores.

La púrpura del trono
 de César en la cumbre está extendida,
 á fin de que en la ardiente fiesta puedan
 los ojos del clemente y del divino
 emperador gozar más suave ambiente.

¡César, salud! ¡Emperador magnánimo,
 el pueblo, en complacerte siempre unánime,
 debe ir á tus fiestas!
 ¡Herederó inmortal de Augusto, príncipe
 grande, inmortal y justo,
 los que á morir van, César, te saludan!

Enero, 1824.

ODA DUODÉCIMA

EL CANTO DEL TORNEO

Servidores de amor, mirad dulcemente á los tablados, y veréis que hay en ellos ángeles del Paraíso; entonces justaréis mucho y alegremente, y seréis honrados y queridos.

Balada antigua.

Largueza, ¡oh caballeros!
 Largueza á los guerreros
 que acuden valerosos—á enaltecer sus armas
 en el seno febril de las alarmas.
 Entren en el palenque—de las peleas francas
 las armas milanesas—con el verde dragón,
 el manto negro de Agra—con sus lágrimas blancas,
 la flor de lis de Francia—ó la cruz de Aragón.

Ya está abierta la liza;

los clérigos ya han dado las tres vueltas;
la arrogante bandera blanca y verde
ondea en lo más alto de las torres;
la muchedumbre estalla en comentarios;
las ligeras y vivas banderolas
se mezclan en el aire,
y, del pórtico el héroe,
de su hermosa dalmática de oro
suspende el grifo de luciente plata.

Los altos de las casas
están llenos de gente;
del concejo á lo lejos
la campana ya suena;
todo una hermosa fiesta nos anuncia
de las miradas del monarca digna.
La reina, en este día señalado,
de sus propios ahorros
á la fiesta consagra
doce dineros; y para que sea
más bella todavía,
del moro ha rescatado
otros doce cristianos prisioneros.

¡Leales caballeros!
Como la ley ordena,
antes que el clarín suene
escuchad silenciosos
el pregón del monarca;
que el que la lanza enristra
y sin callar lo escucha,
es que lleva su acero maldecido.
Creed estos consejos
dados á nuestros padres
por aquellos á quienes Dios los diera.

¡Entonad ante todo los versículos
benditos de las santas alabanzas!
¡Ensalzad á Jesús, á los arcángeles
y á Saint-Denis, señor y patrón nuestro!

Jurad sobre los libros
del Evangelio santo,
que, si frágiles fueran,
vuestros brazos potentes
no empañaría vuestro honor glorioso,
ya que podéis, si acaso se levanta
vuestro rey, enseñarle vuestro acero
inmaculado como el alma vuestra.

¡Id á tocar de un santo la reliquia!
Jurad, condes, barones,
que ningún barro ensucia
de vuestra espuela el oro inmaculado;
que de sus fieles súbditos
en sus negros castillos,
ninguno de vosotros
es el cruel verdugo;
que, desafiando la prueba de la suerte,
para el huérfano pobre
y la afligida viuda
vuestra espada no tiene nunca vaina.

¡Oh valientes á quienes
el honor acompaña!
No olvidéis las virtudes
de los pares del noble Carlomagno,
ni de Artús á los bravos campeones.
¡Desgracia al vencedor sin gloria alguna
que su vil y cobarde triunfo debe
á oscuros y asquerosos,
malditos nigrománticos!
¡Vergüenza á los malvados paladines